

De la enorme fortuna de su abuelo nada le quedaba al pobre niño, y si no hubiera encontrado abiertos los brazos del tío Antonio, se habría muerto de hambre en las calles de Cádiz.

## XXIX.

## De como Mario fué convertido en Mauricio.

Acaso no habrá uno solo de nuestros lectores que no haya tenido ocasion de notar los trastornos que origina en una casa la muerte del gefe de ella. La expresion comun "se desbarata la casa" da una idea exacta de lo que sucede despues que el cadáver es conducido al cementerio. La familia, si la hay, una vez perdido su centro de union, se divide y abandona el hogar paterno, adonde suelen quedar solamente la viuda y los huérfanos pequeñuelos.

El señor Gonzaga no tenia familia. Muerto Fernando, el niño Mário debía heredar la gran fortuna de su abuelo, pero ningun título le acreditaba como heredero; el anciano habia fallecido sin hacer testamento, y el robo cometido por el Cura y sus amigos habia embrollado de tal manera los negocios de la casa, que no era posible arreglarlos por lo pronto. Por otra

parte, los acreedores se habian encargado de hacerlo y pronto darian buena cuenta de ellos.

El tío Antonio, que como hemos dicho en nuestro capítulo anterior, quiso hacerse cargo de Mário, abandonó, como todos, la casa del señor Gonzaga luego que el concurso tomó posesion de ella, y pasó con su hijo adoptivo á la portería de una casa de pobre apariencia donde se instaló en su doble oficio de cerbero y de zapatero de viejo ó remendon.

Mário lloró mucho los primeros dias al verse albergado en el humilde cuarto del tío Antonio, quien le consolaba lo mejor que podia; pero á poco se acostumbró á su nueva vida con esa facilidad envidiable que solamente los niños poseen.

Mucho daba que decir en el barrio el niño del tío Antonio, que á la edad que tenia hablaba como si acabara de salir de la lactancia, y las Maritornes de la casa no dejaban casi nunca de hacer una estacion ante la puerta del zapatero de viejo para informarse de cómo habia pasado la noche Mário, y algunas veces para ofrecerle un regalito de lo que habian sisado en la cuenta de la plaza.

Los primeros dias, el siguiente diálogo se repetia invariablemente entre los que entraban y salian y el tío Antonio:

—¡Que guapo muchacho!

—A la órden de usted—contestaba el tío Antonio.

—¿Cuántos años tiene?

—Anda en siete.

—¿Qué le sucedió en la frente?

—Se dió un porrazo.

—Alma mia.....

—¿Como te llamas, angelito?

—Mário, para servir á Dios y á usted.

—Que bien educadito está. ¿Es de usted, tío Antonio?

—Nó, señora;—contestaba el portero exhalando un suspiro

—es huérfano de padre y madre el pobre chico.

—Dios le bendiga.

Y el interés que inspiraba el niño á las pobres mujeres se resolvía en bollos y en confituras.

La casa adonde habia ido á dar el tío Antonio se componia de varios departamentos, ocupados, segun sus circunstancias, por personas de diferente posicion social.

En lo que se llamaba cuarto principal vivia una prestamista tuerta que habia economizado algunos ochavos esquilmando al prójimo; que en España como en México, es profesion lucrativa y cómoda prestar al ochenta por ciento.

Estaba reputada como mujer buena y caritativa, cosa que tampoco es extraña ni se ve solamente en la tierra de nuestros antepasados; y conquistar esa fama no le habia costado mas dinero y mas trabajo que mandar repartir á la puerta de la casa, por medio de un criado, á quien llamaba con pompa su intendente, unos cuantos maravedis á los pordioseros, que acudian semanalmente á recibir su exigua limosna, y permanecian horas enteras en la calle aguardando el reparto, que de intento dilatava el criado para que el mayor número de vecinos y transeúntes tuviera ocasion de saber que aquella falange de limosneros recibia la *caridad* de su señora.

Al lado habitaba un solteron, antiguo empleado de hacienda que habia sobrevivido á todos los gobiernos, políticamente hablando, y que poseia en alto grado el don de la lisonja. Hacia la rueda á los cuartos de la usurera, y habia llevado su galantería hasta hablar á la vecina de sus hermosos ojos, cosa que agradó tanto á la tuerta, que al despedirse, ya entrada la noche, el covachuelista, le permitió por primera vez besar su mano, y fué luego al espejo, frente al cual, levantando la vela á la altura de sus ojos, permaneció horas enteras persuadiéndose cada vez mas de la finura y buen gusto de su amante.

Frente á tan interesante pareja vivia un hombre respetable completamente solo, que por su aspecto parecia pertenecer al

estado eclesiástico, pero que vestía trage seglar. En la casa le llamaban el jesuita y le estimaban singularmente por callado y por quieto. Se hacía servir por la criada del vecino, y aunque tenía el defecto de salir, casi todas las noches y volver á hora muy avanzada, como gratificaba generosamente al portero por la molestia que se tomaba en abrirle, y entraba haciendo el menor ruido posible, los vecinos nada notaban, y para el conserje se convertía en productivo lo que en un vecino ruin habría sido intolerable.

El cuarto contiguo estaba ocupado por un viejo, como de setenta años de edad, que tenía la cabeza completamente blanca; los ojos, pequeños, hundidos y brillantes; la tez encarnada; la nariz de gancho; y unos labios tan delgados y tan apretados el uno contra el otro, que le costaba trabajo despegarlos para pronunciar una palabra. El vecindario le daba fama de rico, y aun de inmensamente rico, pero él vestía con pobreza y desaseo, y la criada que le servía por un módico salario, se quejaba amargamente de su minuciosidad para hacer la *cuenta*. Se decía de él que pasaba las noches contando su dinero y lavando con jabon las monedas bien acuñadas, apartando las feas y las viejas para sus gastos y sus negocios.

En el piso superior parecía que se habían dado cita las artes y la poesía.

Una bailarina, un folletinista que escribía á un tiempo cuatro novelas para otros tantos periódicos; un pintor, dos estudiantes, el barba de la compañía dramática, y una décima mu- sa disfrazada de lavandera, que inspiraba sus mejores producciones al novelista, poblaban bulliciosamente ese segundo piso.

Dos pudorosas jóvenes, habitando en el mismo corredor que cinco mancebos emprendedores y amables, deberían estar escudadas por otra cosa que por sus encantos para no sucumbir á los certeros tiros del Amor, y la hija de Terpsicore y la Nereida del Estanque, como llamaba el poeta á sus vecinas, no

tardaron en probar las dulzuras y las amarguras con que regala el hijo de Vénus á sus devotos.

La lavandera, á quien le había flechado el novelista, á causa sin duda del poético cognomento con que la distinguía, era, con motivo de sus amores, muy dada á la literatura; y las maritornes de la casa decían á este propósito, con ciertos visos de exactitud, que Doña Maria de la Cruz la lavandera, estaba muy *destruida* en historia.

Mário no tardó mucho en llamar la atención de Maria de la Cruz como había llamado la de todo el vecindario, y la lavandera, curiosa por naturaleza, y preguntona por hábito, no pudo ménos que dirigirse al tío Antonio y hacerle las preguntas de uso á las que el de Camprero no dejaba nunca de contestar con mucho gusto, y ufano hasta cierto punto de que su hijo adoptivo fuese objeto de la curiosidad de los vecinos.

—¿Cómo se llama este niño?—preguntó María de la Cruz, como lo habían preguntado ya la mayor parte de los vecinos.

—Mário—contestó benévolamente el tío Antonio.

—Mário dice usted! pero hombre de Dios ¿á quién le ocurre ponerle á un angelito el nombre de semejante herejon?

—Cómo, señora! no es nombre de cristiano el que tiene este muchacho?—dijo el tío Antonio alarmado, como católico rancio español que era, y apostólico romano por añadidura.

—Como usted lo oye, tío Antonio. ¿No ha oido usted nunca hablar de las proscripciones de Mário y de Sila?

—Nó, señora, dígame usted por Dios quien era ese D. Mário Silva; que si algo de malo tiene, como soy tío Antonio que desbautizo al chico.

—Vaya que es usted ignorante, tío Antonio. No se trata de ningun español que se llame D. Mário Silva como usted dice; sino de dos hombres sanguinarios que mataron muchísima gente en Roma, y cuyos nombres no están en el calendario.

—Quiere decir, señora, que el nombre de mi hijo no es de santo.

—Usted lo ha dicho.

—¿Pues cómo será bueno decirle? Sea usted su madrina.

—Cómo?..... cómo?—repuso la lavandera consultándose y meditando un momento—¿No ha leído usted las aventuras del muchacho Mauricio?

—Si no sé leer, señora.

—Era muy interesante ese muchacho. Créame usted, póngale Mauricio á este y no le dé un nombre que puede traerle desgracia.

El portero, que como todos los de la casa tenia en alto concepto á la Nereida del Estanque, temiendo por la salvacion de Mário, no vaciló un momento, y desde entónces el niño se llamó como su ilustrada madrina lo habia deseado.

### Una remesa.

Permítannos nuestros lectores que abramos un paréntesis de algunos años, que llenaremos despues poco á poco, segun lo vaya exijiendo el curso de nuestra historia, y tengan la bondad de seguirnos á México y á la casa de correos en un dia de llegada de la correspondencia del paquete.

El departamento que se llama la reja estaba literalmente lleno, por la parte de afuera, de comerciantes que aguardaban ansiosamente sus cartas, miéntras que por la parte de adentro los empleados, con una actividad extraordinaria, colocaban en las casillas del apartado la correspondencia.

Las conversaciones y los murmullos y las bromas del público hacian parecer la reja un avispero.

Los empleados, en silencio, seguian colocando sus cartas, y al cabo de un rato dijo uno de ellos.

—Ya está.